

El significado de las “ideas fuera de lugar”

María Elisa Cevalco

El ensayo «A idéias fora do lugar» es el primer gran paso del trayecto intelectual de Roberto Schwarz, y marca un momento de florecimiento del pensamiento dialéctico en el Brasil. Como se sabe, la tradición de la crítica cultural dialéctica tuvo su primer gran momento en la obra de Antonio Candido (1918), a la que Schwarz va a dar continuidad y amplitud. Quiero hablar del ensayo en tres momentos: el de su publicación, los años 1990 y el presente.

El texto fue publicado en 1973, en la revista **Estudos CEBRAP**. Como han de recordar, se trata del primer ensayo dentro del prolongado asedio a través del cual Schwarz va a demostrar que Machado de Assis configura un punto de vista productivo para mirar, con los lentes de la crítica cultural, el capítulo brasileño de la historia de la modernización capitalista.

En este primer estudio ya están presentes las características fundamentales de ese proyecto. El ensayo parte de la intuición, que todos tenemos, del carácter postizo de las ideas en Brasil. Examina cómo ese rasgo se configura en el siglo XIX como uno de los resultados del desacople entre la doctrina más prestigiosa en los nuevos países de América Latina: el liberalismo europeo —y las nociones de libertad individual, trabajo libre, igualdad ante la ley, etc.—, y la vida real en un país en el que la economía estaba basada en el esclavismo. Ese desacople estructural es formador de la comedia ideológica que caracteriza al Brasil y nos molesta a todos, progresistas y conservadores.

Schwarz busca el fundamento de ese desfase —que no es exclusivo del Brasil— en el hecho que lo causa, las relaciones de producción, y sostiene que ellas muestran que las nociones de centro y periferia esconden su interdependencia (para dar sólo un ejemplo de la época de Machado: el esclavismo, abominación nacional, era una iniciativa comercial del capitalismo, abominación internacional). En el ensayo, Schwarz examina cómo esas relaciones de producción determinan la estructura social. En el

siglo XIX en el Brasil había tres clases sociales: los propietarios, los esclavos y los hombres denominados libres que dependían en todo de los propietarios, haciendo que las relaciones de favor dominasen la vida nacional. La relación de favor no soporta ni un minuto la ideología de la igualdad entre los hombres. Pues bien: en la esfera de la cultura, esta situación produjo un malestar, el de no poder representarse a través de las nociones disponibles. El choque entre las ideas importadas de una Europa liberal y nuestra realidad tiene como uno de sus resultados que en América Latina las ideas giran en falso, con interesantísimas consecuencias. Machado es el primer escritor brasileño que encuentra la forma literaria capaz de dar expresión a esta situación específica.

El ensayo de Schwarz tenía como primer propósito reconstruir el suelo histórico en el que se va a apoyar la obra de Machado, pero de hecho tuvo muchas otras implicancias. La principal es que pone fin a las explicaciones dualistas sobre el Brasil. Específicamente, en el campo de la historia de las ideas pone fin a la querrela sostenida por los partidarios de las explicaciones basadas en dualismos (la perenne discusión copia vs. original es la expresión cultural de una dicotomía que atraviesa otras esferas: metrópolis vs. colonia, atraso vs. progreso, desarrollo vs. subdesarrollo, hegemonía vs. dependencia). En su texto Schwarz señala cómo la coexistencia de esclavismo y liberalismo no es una excepción respecto de una normalidad que un día sería necesario alcanzar. En el sistema en que vivimos, toda superación supone permanencia, y todo cambio conlleva asimismo repeticiones. La llamada originalidad brasileña resulta así un ejemplo del desarrollo desigual pero combinado del capitalismo. Pues bien: el sólo hecho de haber aclarado de una vez por todas (aunque ciertamente con cada generación el tema retorna), que la modernización siempre conlleva la reposición del retraso, y que ello no es mala suerte o falta de desarrollo, sino una característica estructural de un sistema que genera exclusión, ya hace del texto de Schwarz uno de los más importantes de la producción brasileña.

Pero hay más. El ensayo presenta una rigurosa revisión y una pertinente renovación de categorías: una de las más productivas es la noción de ideología de segundo grado, que abre la posibilidad de comprender la historia mundial a partir de ese funcionamiento peculiar. En sus lugares de origen, las ideologías por lo menos describen la apariencia, mientras que aquí no la describen siquiera falsamente, y no gravitan según una ley que les sea propia. Esa situación las hace risibles. Claro que en la medida en que aparecen ridiculizadas, esas ideologías pueden dejar de engañar. Pueden, también, mostrar sus límites. En manos de maestros como Machado o Dostoievski, esa confrontación entre ideas y lugar social acaba por posibilitar la aparición de un «criterio para medir el desvarío del progresismo y del individualismo que el Occidente imponía e impone al mundo».¹ En otras palabras, examinada en países de modernizaciones trucas, la ideología maestra del Occidente, el progreso, tiene otro ritmo, un ritmo que puede ser avistado y escrutado por la crítica cultural.

En este capítulo de las determinaciones de orden más general, el ensayo abre una perspectiva de interrogación de un gran número de certidumbres. Por caso, dado que las ideas universales —el liberalismo en el caso del tiempo de Machado— no funcionan aquí de la misma manera, su pretensión de universalidad se ve abortada. Segundo, la convivencia de los contrarios, en el caso del esclavismo y el orden asalariado del mundo burgués, dice mucho de su interpenetración. De hecho, en este aspecto Brasil muchas veces prueba que al progreso, el otro nombre de la modernización capitalista, le es inherente la exclusión social. Las ilusiones de superación estallan en el reverso de cada avance histórico. Uno de los motores de esas ilusiones es justamente la imagen de los modelos de afuera, que nos da una idea de nación que no nos describe, pero que nos hace suponer que basta con hacer un esfuerzo histórico para poder, finalmente, entrar al concierto de las naciones y tener todo lo que esos modelos tienen. Claro que la división internacional del trabajo nos recuerda siempre la imposibilidad de esas ilusiones, en la medida en que es el horizonte máximo de expectativas que el sistema puede ofrecer. Todos queremos el progreso, pero pocos nos detenemos a preguntarnos ‘progreso para quién o de qué’. Embarcarse en el barco con agujeros del «ahora por fin vamos» equivale siempre a comprar el sistema por el precio por el cual se vende, e impide que se interroge el orden que genera el problema y hace agujeros en el proceso mismo de su producción y reproducción, en todo y cualquier barco.

Con esto llego a mi segundo momento: los años 1990, cuando nuevamente se plantea con fuerza la ideología de que íbamos a llegar a integrarnos en el admirable Mundo Nuevo de la globalización. En Brasil son años de intensos esfuerzos para, finalmente, modernizarnos. En la esfera de la cultura, vale la pena recordar que las palabras clave del nuevo orden mundial eran diversidad, pluralismo, hibridización, transculturación. Por un lado, este optimismo del intelecto describe, para seguir hablando como Schwarz,

la apariencia de la realidad: hay un gran flujo de comunicación entre los países, se traducen más libros al inglés, y hasta en el campo del enemigo, el cine, podemos competir. Este mercado ampliado condujo a muchos a pensar que no iba a haber más dominación sino hibridización (¡siempre me da ganas de preguntar a los aztecas o a los mayas qué les parece la hibridización!). En este contexto el ensayo de Schwarz adquiere una mayor relevancia. Aprendimos con él que la modernización capitalista necesariamente excluye. En su formulación, hay que tener siempre en cuenta que en los países creados por la descolonización vivimos en un «espacio diverso pero no ajeno»,² un espacio en que las categorías plasmadas en los países centrales no se aplican con propiedad ni pueden dejar de ser aplicadas: giran en falso, aunque sean obligatorias. El espacio es diverso porque la colonización obviamente no creó sociedades semejantes a las de las metrópolis, ni la ulterior división internacional del trabajo construyó igualdad. Pero se trata de un espacio del mismo orden, pues también es comandado por la dinámica abarcadora del capital. Una vez que se miran las relaciones reales, ideas como las de los ideólogos de una mezcla híbrida, capaz de reemplazar las relaciones reales de dominación, parecen poco verosímiles. Cito uno de esos ideólogos para que veamos qué sucedió con la hibridización. En un texto de 1992, se nos dice que los intercambios y los contactos posibilitados por la globalización son «progresistas y saludables» y dan impulso a la proliferación de nuevas culturas. Las viejas ideas de dominación e imposición no se aplicarían a este nuevo cuadro:

La densa red de decisiones culturales y económicas lleva a asimetrías entre los productores y los consumidores y entre los diversos públicos. Pero estas desigualdades no son casi nunca impuestas de arriba hacia abajo como quieren los que establecen oposiciones maniqueístas entre clases dominantes y dominadas, o entre países del centro y de la periferia.³

Si todos hubiésemos efectivamente aprendido con las ideas fuera del lugar, sería menos común tener evaluaciones que separan de forma tan radical la cultura de las condiciones materiales. Creo que con el debate sobre la globalización quedó más claro el aporte del pensamiento de Schwarz. Si permanecemos en el primer nivel, vale destacar que el debate de los años ‘90 entre autonomía cultural o integración a la cultura internacional del consumo —que muchas veces llegaba en la pregunta de si debíamos integrarnos a la cultura global o luchar por mantener una hipotética cultura nacional—, es una versión del viejo dualismo entre imitación o cultura original. Como antes, aunque sea inevitable el debate también hoy carece de sentido, en la medida en que presupone que se puede elegir sin tener en cuenta la fuerza de un sistema que se impone por todo el globo. En este contexto, ideas como hibridización son, en la mejor de las hipótesis, *wish fulfillment*.

¹ Roberto Schwarz, «As Idéias fora do Lugar», en **Ao Vencedor as Batatas: Forma literária e processo social nos inícios do romance brasileiro**, São Paulo, Livraria Duas Cidades, 1977, p. 23.

² Roberto Schwarz, «Um Seminário de Marx», en **Sequências Brasileiras**, São Paulo, Companhia das Letras, 1999, p. 95.

³ Nestor García Canclini, «Cultural Reversion», en George Yúdice, Jean Franco y Juan Flores (eds.), **On Edge: The Crisis of Contemporary Latin American Culture**, Minneapolis, University of Minnesota Press, 1992, p. 34.

Para terminar, quiero retomar las ideas fuera de lugar como ideología de segundo grado. Lógicamente Schwarz sabe que en el centro donde son producidas esas ideologías son falsas, aunque allá, por lo menos, y tal como vimos, describen la apariencia de la realidad. Pero como ideologías de segundo grado, su funcionamiento en la periferia nos debería enseñar a no engañarnos con ellas. Se trata del privilegio epistemológico si no de toda la crítica en la periferia, sí de la visión materialista que verifica cómo efectivamente ocurre la mediación entre la totalidad sociohistórica y los niveles culturales y políticos.

Quiero concluir con un ejemplo de cómo la teoría de las ideas fuera de lugar nos permite entender mejor el funcionamiento real del sistema, a través del caso de una novela publicada en 2009 por Chico Buarque de Hollanda. Como se sabe, es uno de los mejores compositores de la música popular brasileña, y **Leche Derramada** es su cuarta novela. Siempre según la lectura de Schwarz, retrata un punto de llegada de las teorías de la modernización capitalista percibido desde su periferia. Como Machado, de quien hay muchos ecos en la novela, Chico Buarque logró dar materialización artística a las peculiaridades de la vida social del Brasil. El narrador de **Leche Derramada**, un anciano de 100 años, proviene de una familia que llegó al país en la primera década del siglo XIX. Los Assumpção pasan de amigos del rey a barones negreros, y de allí a aprovechadores del abolicionismo y traficantes de influencias en la República, la trayectoria típica de las elites de Brasil. Según la narración de Eulalio, la familia está en decadencia. Él mismo se casó con una chica morena, demasiado morena para los patrones racistas de su familia que, como tantas en Brasil, es racista aunque haya experimentado varios procesos de mezcla. Como el héroe de Machado, Don Casmurro, Eulalio está celoso de la mujer, que lo abandona con una hija chiquita. En el tiempo de la narración, el narrador tiene un nieto traficante de drogas, vive en la periferia de Río de Janeiro, cerca de una iglesia evangélica, y está internado en uno de los hospitales que testimonian el fracaso del Estado de Bienestar en Brasil. Desde el punto de vista de la narrativa las cosas no cambiaron mucho, ya que el abuelo del traficante de drogas de hoy es bisnieto del traficante de esclavos de ayer. Como en Machado, el narrador se expone y deja ver la latitud permitida en países donde la norma civilizada convive con la ausencia de garantías civiles.

La trayectoria de Eulalio Assumpção y su historia familiar ponen en tela de juicio el actual capítulo de la modernización capitalista donde las cosas, como diría el héroe de Lampedusa, cambian para permanecer como están. Concluye Schwarz: «Es como si el presente continuase la informalidad del pasado patriarcal, multiplicándola por mil, dándole una escala de masas, para mejor o para peor. Puede ser que sea ésta la «leche derramada» que no permite llorar: persistió la desigualdad, desaparecieron el decoro y la autoridad bien vestida, y no se instalaron el derecho y la ley. Esto es lo que hay en el intervalo entre antes y lo que ahora se llama modernización sin revolución burguesa.»⁴

⁴ Roberto Schwarz, «Brincalhão mas não Ingênuo», **Folha de São Paulo**, 28 de marzo de 2009, p. 9.

El resultado de este proceso histórico es lo que nos toca vivir, mientras sigamos bajo un régimen donde las ideas tienen que estar, necesariamente, siempre fuera de lugar.